

en todo su viaje sesenta y nueve días, de los cuales no caminó treinta y seis. En los treinta y tres restantes anduvo nada menos de doscientas ochenta leguas.

(A B C, 1-4 de Marzo de 1908.)

XXIX

LO QUE CHARLAN LOS PAJAROS

Aunque me encerrasen en sitio "donde sol ni luna entrara", como dice la coplilla vulgar, y aunque tampoco entrase en él, llevando aromas y sonidos, ni un soplo de la brisa campestre, yo conocería cuándo se iba acercando y cuándo era llegada la primavera. Conoceríalo en mi alma: en un sin fin de sentimientos vagos que se apoderan de ella y la sumen en honda melancolía al llegar la estación de las flores.

En la jerga mental que cada uno usa para entenderse consigo propio, yo, con desdén más simulado que real, llamo *niñerías* á esta mezcla de suaves añoranzas, vagas tristezas y anhelos indefinidos é indefinibles, porque, con efecto, en las unas y en los otros reviven toda mi niñez y toda mi adolescencia, tan remotas ya; pero *niñerías* y todo, me avasallan el espíritu y me lo llenan de nostalgia.

Una de las mejores cosas de que se componía:

aquel bien pretérito era la vida del campo. Condenado á la villa, y á la ciudad después, y á la Corte luego, condenado de por vida á hacer que aren con reja en campo blanco, casi toda la jornada de ocho, y aun de doce horas, los cinco bueyes de la adivinanza popular, sacando mi pan del tintero (¡negrísimo pan!) y medio sepultado entre unos libros, ¿cómo no he de acordarme con pena de aquellos tiempos de libertad y alegría, cual recordaban á Jerusalén los israelitas cautivos, colgando las cítaras de las ramas de los sauces, *super flumina Babylonis*?

Vino con sus galas Abril. Por el balcón de la salita en que trabajo entra un rayo del sol matutino, como á curiosear entre los revueltos papeles de mi mesa. Salgo á ese balcón para devolver su amorosa visita al astro rey, amigo por igual de los pobres y de los ricos. La mañana es deliciosa, aun siendo madrileña. Respiro con deleite y llénanme los pulmones y el alma los gratos efluvios de la nueva primavera. Vienen de lejos, de muy lejos: han pasado por un pinar; han salido de las flores últimas de los habares y de las primeras de un campo de olivos. Cerca de mí, casi enfrente de mi atalaya, álzanse unas casas de seis pisos, con muchos balcones, todo á escuadra, todo rigurosamente cuadrado: construcción de malas abejas que ignoran la gracia de lo hexagonal; hay unas acacias jóvenes plantadas á trechos iguales junto á las aceras, y en mitad de la calle, por toda representación de la fauna primaveral, cua-

tro ó seis gorriones de los que viven en poblado y á lo pícaro.

¡Mi primavera de muchacho era muy otra! Su flora solía ser toda la de los risueños campos andaluces y, en especial, sus cien plantas aromáticas, que llenan el aire de fragancias exquisitas: tomillo, romero, poleo, mastranto, almoradux, hinojo, orégano, azáandar...; los árboles en flor,

“Brindando en esperanza el fruto cierto”,

y, en fin, toda la vistosa y variadísima gama de verdores con que el divino pincel matizó y hermoseó el mundo vegetal. Y por lo que hace á la fauna de aquellas primaveras, á la ornitológica especialmente, no se diga: todo elogio habría de parecerme chico encarecimiento. Pero ¿qué mucho que cada año hable con deleite á mi memoria el recuerdo de aquella dichosa edad en que, muy pasada la de Esopo, los pájaros hablaban onomatopéyica y *folk-lóricamente* á la viva imaginación infantil, poblándola de graciosas imágenes y de poéticos cuentecillos, y dejando en ella una como *solera* de arte delicado, á cuyo contacto se hace generoso todo vino, todo pensamiento que por ella pasa?

Los pájaros andaluces hablan siempre como aquellos hombres campesinos. Y ¡cosa rara! tiran á hablar en verso semirrimado. Así, cuando yo y otros sujetos de igual laya armábamos y enterrábamos en los barbechos las *costillas*, de manera que sólo se viese el grano de trigo atado á la trampa, al acudir tal cual vez una cogujada inex-

perta, cantaba desde lejos otra madrigada y astuta delatando el grave peligro, y decía en su canto:

"Piqué un día:
No piques, cujá,
Que hay picardia."

Y como la otra picase y cayese en la costilla, agregaba:

"¡Picó! ¡Cayó!
¿No te lo decía yo?"

También los pajarillos llamados *trigueros* avisaban fraternalmente el peligro á sus camaradas, cantándoles al pasar volando:

"¡Mira por ti, mira por ti;
Que por poquito no me perdí",

cancioncilla que acaso les vendría heredada de abolengo, como aprendida y transmitida por algún triguero del siglo xv que hubiese oído cantar á un soldado:

"Velador que el castillo velas,
Vela por ti, vela por ti;
Que velando en él me perdí."

Otras veces la cogujada, columbrando al tío Pepe el pajarero medio escondido á treinta pasos de un arroyo, y sospechosa de que en él hubiese puesto sus espartos llenos de liga ó liria, aguantaba la sed, y preguntaba y se respondía picarescamente:

"—¡Tío Pepe!
Tío Pepe, ¿hay liria?
—Tó el arroyo yeno.
—Pues que se enliríe er liriero",

alejándose de un *voletto* á buscar agua menos peligrosa.

Sucede con los pájaros lo que con los hombres: que cada cual habla como quien es. Así, mientras que el avefría sólo dice:

"¡Nieve! ¡Nieve!",

de donde un amante desdeñado cantaba:

"El avefría en el campo
Claramente dice "Nieve",
Y eso lo dice por ti,
Sabiendo que á nadie quieres",

el codicioso francolín, á principios de Mayo, cuando las cerezas empiezan á madurar, canta:

"¡Tres, tres seresas!";

pero no convida á los caminantes hasta que, llegado Junio, abundan que es una bendición. Entonces dice:

"¿Queréis?
¿Queréis seresas...?"

Al cerrojillo, que "cuando canta, agua lleva en la garganta", auxilia el cagachín, otro barómetro viviente, en lo de anunciar la lluvia; pero éste, por dar contento á los labradores, que casi siempre la apetecen, siempre la supone inmediata. Pregúntale: "Cagachín, ¿lloverá?" Y él responde, como niño pequeñito que aún no sabe hablar bien:

"¡Chí, cheñó; chí, cheñó; chí, cheñó!"

Entre tanto, el alcaraván, sollispado desde que

cierto tatarabuelo suyo pereció de mala muerte, á dientes, que no á manos, de una astuta zorra (antiguo y trágico suceso que anda historiado en el libro de *Calila e Dymna*), luego que veía el menor asomo de peligro huía y gritaba á sus compañeros:

“¡Al carril! ¡Al carril!”

Y así, vino á tornarse falso aquel antiguo refrán que decía: “Alcaraván zancudo, para otros consejo, y para tí no ninguno”, y se modificó la antigua fábula popular, que ya termina con este dialoguillo:

—Alcaraván comí.
—¡Á otro; que no á mí!”

Á todo esto, las codornices, acabadas de llegar de su penoso viaje anuo, y sin quitarse siquiera el polvo del camino, empiezan por anunciar cortésmente su visita:

“¡Huéspedes! ¡Huéspedes!”

admíranse poco después de la lozanía de las sementeras:

“¡Buen pan hay! ¡Buen pan hay!”

y al reparar, llegado el celo, en que el cazador tiende la traicionera red y procura atraerlas tocando el pito de reclamo, se indignan y están á punto de soltar una interjección malsonante; pero, al cabo, por no pecar de soeces, la disfrazan y dulcifican con este eufemismo:

¡Cáscaras! ¡Cáscaras! ¡Cáscaras!”

Días después, en la fuga del celo, ya no reparan en peligro ninguno; que el amor arrastra por igual á codornices y criaturas racionales adonde no pensara el mismísimo diablo.

Ese propio ardor del erótico celo y el vivificante calor del sol primaveral sacan de sus casillas y ponen rijosos y más valientes que diez Roldanes al ya mencionado cagachín y al microscópico esculcamatas. Entrambos pajarillos se yerguen en las ramas con gentil gallardía, como desafiando al mundo, y cantan cuan ruidosamente pueden:

“Si er sielesito se cayera...,
Con mis patitas lo mantubiera.”

Pero poco les dura el brío; porque apenas asoma las narices el otoño y se destempla el aire, mudan de letra y música, y el cagachín dice apagadamente, resguardándose con las amarillentas hojas:

“Yo no pueo resistir:
Este es mucho frío pa un cagachín,

mientras que el esculcamatas se dirige en súplica al Todopoderoso, diciéndole con voz desfallecida:

“Señor,
¿Para quién tanto rigor?
¿Para un pobre escurcamatas,
Que tan dergadas tiene las patas?”

Á la cuenta, estas dos avecillas aprendieron sus canciones de su amiga el ave de San Martín, pequeña como un ruiseñor, que “ha las piernas muy hermosas á manera de junco”, y de la cual se

cuenta en el *Libro de los Gatos* que "acaesció que un día, cerca de la fiesta de San Martín, cuando el sol está caliente, esta ave se echó al sol cerca un árbol e alzó las piernas e dixo: "Si el cielo cayese" sobre mis piernas, bien lo podría yo tener." E ella, de que hobo dicho esta palabra, cayó una foxa del árbol cabe ella, e espantóse mucho á deshora, e comenzó de volar diciendo: "San Martín, ¿cómo" non acorres á tu ave?"

Estas cosas y otras como éstas dicen los pájaros del campo, avalorando más y más con su alegre y variadísima charla el muy rico caudal de colores, aromas y sonidos con que maravillosamente se engalana, se ostenta y nos enamora la estación de las flores. Pero ¿en el poblado..., en la ciudad...? En mi calle, á corta distancia de mi balcón, siguen tuneando los maliciosos gorriones. Se hicieron sociables: de los hombres han aprendido, y, por tanto, son aduladores, son ingratos, son raheces como sus maestros. Bien alcanzó á entenderlo el gran Lope de Vega cuando, por boca de uno de los personajes de su comedia intitulada *Fuente Ovejuna*, pintó la mala ralea de tales ave-cillas, diciendo que los hombres,

"En dejando de querer,
 Más ingratos suelen ser
 Que al villano el gorrion.
 En el invierno, que el frío
 Tiene los campos helados,
 Descienden de los tejados,
 Diciéndole: "Tío, tío",
 Hasta llegar á comer
 Las migajas de la mesa;

Mas luego que el frío cesa
 Y el campo ven florecer,
 No bajan diciendo "tío",
 Del beneficio olvidados;
 Mas, saltando en los tejados,
 Dicen: "Judío, judío".

Homo homini lupus. Campo y yerbas olorosas, cogujadas y alcaravanes dírame Dios de por vida, más bien que ciudad y gorriones, y así cada primavera no arrancarí una protesta y un doloroso lamento á mi alma. Este artículo, ó lo que ello fuere, es el lamento de este año, y el soneto con que voy á terminar fué el lamento de uno de los anteriores:

EN EL CAMPO

"¡Cuán deleitosamente dormitaba!
 Arrullábale blando el son del río,
 El padre sol le amortiguaba el frío
 Y el amplio cielo azul le cobijaba.
 "Sobre el mullido césped descansaba,
 Rey sin reino, señor sin señorío;
 Sonreía con plácido extravío:
 ¿Soñaba...? Parecióme que soñaba.
 "Dije: "—¡Oh zagal, dichosa fué tu suerte!
 "Libertad, aire y sol á manos llenas
 "Te dieron... Lo demás todo es mentira.
 "Eso es vivir, y lo demás es muerte.
 "¡Oh ciudades! ¡Oh embustes! ¡Oh cadenas!
 "¡Oh maldiciones de la justa Ira."

(A B C, 12 de Abril de 1908.)

XXX

"DONDE VOS TENÉIS LOS PIES"

En el artículo *besar* de su *Tesoro de la lengua castellana, ó española*, impreso por primera vez en 1611, dijo, entre otras cosas, don Sebastián de Covarrubias: "*Besar la tierra que ha pisado otro* es gran encarecimiento para significar humildad y amor, y así, anda glosado con diferentes sentidos un motecillo que dice *Donde vos ponéis los pies*. Parece ser tomada esta frase de la Escritura, salmo 131, v. 7: *Adorabimus in loco ubi fleterunt pedes ejus.*"

Y ciertamente, al comenzar el siglo XVII, más de medio había que andaba corriendo mundo tal mote, si no, á la letra, como lo citó Covarrubias, que así no recuerdo haberlo visto jamás, diciendo:

"Donde vos tenéis los pies",

y sirviendo de estribo ya á coplas profanas, ya á estancias religiosas. Engolosináronse los poetas

con este bordoncillo, y deleitándose en vencer, con más ó menos destreza, la dificultad de traerlo á plática, glosáronlo á troche y moche, no, á la verdad, tantas veces como el traidísimo de *la bella mal maridada*, pues apenas hubo poeta que no *malmaridase* alguna vez; mas las suficientes para que á poco trabajo pudiera juntarse una razonable colección de esas glosas.

Al mencionado piecillo acudió, verbigracia, don Diego Hurtado de Mendoza en su excelente *Definición de celos*, dirigida á una dama, y al fin de la cual, después de decir de ellos las bizarrías que podían esperarse de ingenio tan gallardo, tales como

"Son celos vivo cuidado
Y una incierta fantasía;
Una pesada porfía,
Y un corazón asomado
A mirar por *celosía*",

remató diciendo:

"Y si investigar queréis
Más de lo que digo yo,
Veréis que no es sí ni es no,
Ni cosa que hallaréis,
Pues que Dios no la crió.
No les puso nombre Adán,
Ni ellos tienen haz y envés;
Mas si hallarlos pretendés,
Sabed, señora, que están
Donde vos tenéis los pies."

Otra glosa, en quintillas dobles, hay en el *Ochavario sacramental* de Girón de Rebolledo (Va-

lencia, 1572), otra en el *Vergel de plantas divinas* de Juan López de Úbeda (Alcalá de Henares, 1588), y otra, en fin, también á lo divino, tengo á mano en un precioso cancionerito inédito que fué del Conde del Águila y hoy para en mi humilde biblioteca; pero de ninguna de estas composiciones quiero hablar especialmente á los lectores de *A B C*, sino de otra que, sobre estar dedicada *A un Crucifijo* y ser por ello á propósito para sacada á luz en solemnidad como la del Jueves Santo, ofrece la particularidad de ser obra de un celebrado poeta hispalense muy conocido por su vena festiva; pero muy poco, y de muy pocos, por su inspiración religiosa.

Refiérome al feliz ingenio, "inmortal artífice de redondillas, que con sus donaires ennoblecíó la taberna"; á aquel "por quien la sal andaluza no tuvo que envidiar á la sal ática recogida en el mismo mar donde nació Venus"; en fin, al "gran cincelador de la redondilla castellana, el casi perfecto Baltasar del Alcázar"; que todo esto ha dicho el señor Menéndez y Pelayo, en diversos lugares de sus obras, acerca del autor de *La cena jocosa* y del insuperable *Diálogo entre un galán y el eco*.

Los que han saboreado cien veces la gracia gentilísima de estas y otras composiciones del Marcial sevillano, los que, estudiando á este autor en lo que hasta ahora se conoce de él—pues casi otro tanto dormía olvidado en recónditos manuscritos, y pronto, por mi no perezosa afición,

saldrá á luz (1)—, se han admirado con Jáuregui de que "á veces, con sencilla sentencia, ó ninguna, hace sabroso plato de lo más frío, y labra en sus burlas un estilo tan torneado, que sólo el rodar de sus versos tiene donaire, y con lo más descuidado despiertan el gusto", van á ver ahora, en las quintillas dobles á que me refiero, si en la lira de Alcázar no había también acentos religiosos delicadísimos, y cuán fácil fué para su grande habilidad técnica y para la admirable destreza de su ingenio glosar sin ripioso retorcimiento de frases aquel usado mote ó pie que me lo ha dado á mí para escribir estos renglones:

A UN CRUCIFIJO

"Vos, que del cielo bajastes,
Sacro Verbo, en recompensa
De la culpa tan inmensa,
Y por el hombre pagastes
Satisfaciendo la ofensa,
Pues en vuestra mano es,
Dadme gracia que después
Desta mi triste jornada
Mi alma esté colocada
Donde Vos tenéis los pies.

(1) Salió á luz, en efecto, en 1910, en mi edición de las *Poesías de Baltasar del Alcázar*, publicada por la Real Academia Española, y en la cual se contienen, además de las ya conocidas, ciento veintinueve composiciones hasta entonces inéditas del insigne poeta sevillano.

"Movido de amor venistes,
 Mi Dios, á estar en un palo;
 Obra fué de gran regalo
 Para el mundo, pues quisistes
 Infamaros como á malo.
 Pues esto notorio es,
 Y que allí con clavos tres
 Os herraron como á esclavo,
 Herradme á mí con el clavo
Donde Vos tenéis los pies.

"Cesad ya, gente malvada;
 Habed de Dios compasión,
 Pues veis que vuestra intención
 Y maldad no está acabada,
 Y está acabado el perdón.
 Señor, pues copiosa es
 La piedad que nos tenés,
 Perdonadme; que yo he sido
 El traidor que os ha traído
Donde Vos tenéis los pies.

"En la Cruz, para infamaros,
 Os han puesto los sayones,
 Mi Dios, con crudas pasiones,
 Y, para mejor robaros,
 En medio de dos ladrones.
 Empero tan pobre es
 Vuestro cuerpo, de haz y envés,
 Que no hay cosa que robar
 De la cabeza al lugar
Donde Vos tenéis los pies.

"Alma, ten en la memoria
 Como te fué provechoso
 Lo que al Hijo muy dañoso,
 Y lo que á ti te fué gloria,
 Á su Madre muy penoso.
 Conócelo bien, que Él es
 El segundo de los tres,
 Y dile con fe sincera:
 "¡Oh Señor! ¡Quién estuviera
 "Donde Vos tenéis los pies!"

(A B C, 16 de Abril de 1908.)

XXXI

GITANERÍAS

Rodando va la noticia por todos los periódicos de España: á cierta pensionista viuda, deseosa de obtener á todo trance el premio gordo de la lotería, se la *diñaron* unas gitanas, adivinándole en qué número había de caer tal premio y cobrando por su pronóstico veinte dures, cosa harto exigua si había de salir cierta la adivinación.

“Pero ¿aún estamos ahí?”—dicen muchos—
 “Ahí estamos todavía—respóndoles yo—, ¡y lo que te rondaré, morena!” Sólo un pormenor me extraña: que la viuda doña Rosario emplease el hondo saber *cañi* con mira crematística, y no amatoria. ¿Será cosa que tal codicia, que tal afán inmoderado de calzarse el premio gordo enterito, llevara dentro agazapado el propósito de atraer con la mielecilla de las pesetas algún Eneas fugitivo, ó el de hallar algún guapísimo Adonis, que ni pintado, para hacer llevaderos los largos días y las negrísimas noches de la viudez solitaria...?

Porque es probado: cuando los hombres ¡oh almas esparteñas! acuden á conjuros y pactos diabólicos de esos que ponen los pelos de punta, hácenlo en busca del dinero: por la *reverenda guita*, que dicen en mi tierra; mientras que las mujeres ¡oh corazones alcorzados! sólo entran en esos enjuagues y monipodios empujadas y seducidas por el amor. El amor las mete con facilidad suma por ese camino, y así decía el gran dramaturgo Ruiz de Alarcón en *La Cueva de Salamanca*:

“¿Hay alguna que no tenga,
 Si ausente ó celosa está,
 Un poco de echar las habas
 Y un mucho de conjurar
 El cedacillo, el rosario
 (Que de eso les sirve ya),
 El chapín y la tijera,
 Espejo de agua ó cristal,
 Las candelillas y sierpe
 De cera, que vueltas da
 Entre el agua y fuego y prendas
 De la dama y el galán?
 Mujer hay que el ir á misa
 Sola gran miedo le da,
 Y á media noche un ahorcado
 Suele á solas desdentar.”

Seamos justos: ahora esto de la hechicería no abunda como ha tres siglos; pero así y todo, más mal hay en la aldehuela del que se suena, y en Madrid hoy en día viven y beben—porque es muy sabido que las hechiceras suelen empinar el codo—muchas *sibilas*, ora encopetadas como *Madame de la Pilonque*, que conoce más líos que el Man-

zanares, aunque de bien diversa especie, ora mal traídas y hambrientas como *la Malmirá* y *la Esportillá*, que en sus mismos apodos llevan un tan fiel como reducido retablo de su mala ventura; todas—digo—viven y beben á costa del amor, pasado por la alquitara de la ubérrima credulidad femenil.

Antonia de la Cruz se llama la caporala de esas *cañis* hechiceras, que, por lo que se dice, no tienen nada de hechiceras *cañis*. No la he visto, pero la conozco bien, porque conozco á las gitanas que siglos atrás se ocupaban en eso, y esta Antonia no es sino un caso de supervivencia. También se apellidaba *de la Cruz*, como expósita, una cierta Anilla que podía ser anilla de la bolsa del diablo, y que en 1643, para que un tabernero madrileño vendiese bien su vino, sahumábale con romero el umbral y rociábale agua bendita por la casa, diciendo:

“Por aquella entrada
Que entró Jesucristo en Jerusalén,
Salga el mal y entre el bien.”

Y asimismo era gitana y Anilla de nombre otra prójima que por los años de 1633 andaba *hechicereando* á diestro y siniestro en esta coronada villa, no ya con fórmulas de poco más ó menos y con sahumeros y aspersiones inocentísimos, sino con cosas más reprobables. Tanto, que á ellas debió largo encierro y dura sentencia en la Inquisición toledana una de sus más aprovechadas

discípulas, doña Antonia Mexía, mujer de Juan Venancio, secretario y procurador en la audiencia del Nuncio.

Lo primero que esta Anilla enseñaba á sus clientes era el arte de echar las habas, para adivinar cosas amatorias futuras. ¿Que cómo se hacía esto? Atención; que nos lo va á decir la Mexía por la verídica pluma del escribano inquisitorial. Anilla le dijo “que tomase nueve hauas, un poco de carbón, un grano de sal, un poco de çera, un ochauo, un poco de piedra alumbre, un poco de açufre, un poco de pan, un poco de paño colorado, un poco de paño açul, y que las dos de las hauas las señalase mordiéndolas, ó las más que quisiese, diciendo: “Éste es Juan (su marido); éste es Francisco (su galán: ¡así las gasta—ba la secretaria y procuradora!), y ésta, Catalina (la dama de Juan);” y que si saliese la mordida, que es la persona que se quiere, junto al carbón, significa noche; si junto á la sal, gusto; junto á la çera, martelo, que quiere decir golpe, caída, ó cosa semejante; junto al ochauo, que habrá dinero; junto á la piedra alumbre con lo colorado, sangre; y junto á lo açul, celos; y junto al açufre, si sale con la sal, oro; y si sale solo, pesadumbre; junto al pan, que habrá comida...”

Si la pensionista doña Rosario, máguera viuda, conserva incólume,

Como bien de mi grado,
Lo doy por demostrado,

el niveo candor de sus años infantiles, y sólo el razonable y tentador deseo de atrapar el *gordo* para sí sola la indujo á dar, no ya oídos, sino también duros, á *la Esportillá* y sus compañeras, descendientes por línea derecha de varón de aquellos por quienes se canta:

“En el Portal de Belén
Gitanitos han entrado
Y al Niño recién nacido
Los pañales le han quitado”.

dé por bien anohecido el billetejo de cien pesetas, y muchas gracias á Dios, que la tuvo de su mano sin dejarla caer en esas supersticiones en cuyos espantables conjuros se llama á Belcebú, á Barrabás, á Caifás, “al Diablo Cojuelo, que puede más” y á “doña María de Padilla y toda su cuadrilla”.

Y si, por no avenirse cristianamente con la poquedad de su pensióncita, insiste en salir de pobre por medio del juego, yo desde aquí y de balde le daré dos recetas para ganar: las mismas que en 1590 dió á mosén Jaime Manobel, clérigo vecino de Sariñena y residente en Madrid, un herbolario saboyano “que solía acudir á comer al bodegón de Julio, bodegonero á la Puerta del Sol”.

Receta primera: “Llevar en el brazo derecho una cinta de pergamino virgen, como de un jeme, y decir tres veces, antes de jugar, estas palabras: “*Dextera Domini fecit virtutem: Dextera Domini exaltavit me*”, y no jurar mientras se juega”.

Así, pues, doña Rosario haga y diga eso, y después *amarre el mirlo*, es decir, cósase los labios desde que tome el decimito hasta que salga la lista grande. Aunque, á la verdad, no parece esta receta muy segura, pues Manobel añade “que probó el juego, puesta la dicha cinta e dichas las dichas palabras, con un suplicacionero—*barquillero* diríamos hoy—, el qual le ganó tres reales”.

Receta segunda: “...el dicho herbolario le dixo que para ganar al juego tomase dos güevos crudos, puestos el día del Jueves Santo, y que escribiese en cada uno dellos: “*Deus Abraham. Deus Isaac. Deus Xacó*”, y que quando jugase tuviese cada un güevo debajo del brazo en el hueco del sobaco.”

Á mosén Jaime—dícelo él mismo—se le quebró uno de estos huevos “y por eso no hiço la espereñencia de jugar”. Puede que á doña Rosario, que parece haber nacido para ochavo, le suceda lo propio si á experimentar se pone; pero á mal venir, entre quebrarse un huevo y eclipsarse, en eclipse perdurable y total, un billete de cien pesetas..., sólo *la Esportillá* y *la Malmirá* optarían por esto último.

(A B C, 1.º de Mayo de 1908.)